



POR

Andrea Jeftanovic

“El desarraigo es la experiencia de haber sido expulsado de tu lugar de pertenencia, de sufrir desplazamientos forzados, y el maltrato en el nuevo destino. Experiencia que también se puede tener en el propio país, cuando eres tratado como ciudadano de segunda clase”.

“MI MUNDO PATRIA” Y “PENÉLOPE YA NO ESPERA”: Tríptico del desarraigo

EN UNA SEMANA DE CAOS Y MIEDO, DE VIOLENCIA E INCERTIDUMBRE, escribir sobre teatro puede ser un modo de reflexión y resistencia mínima. Quizás un modo sutil, pero que nos somete a un ejercicio humano que parece fundamental en estos días: en un escenario hay personas que representan el papel de otros, se sube y se comporta como si fuera esos otros y escenifica su historia. Y abajo hay gente sentada que mira y escucha y reflexiona.

Escribo esta semana, angustiante y esperanzadora, sobre una dramaturga y directora, Andrea Giadach, que precisamente nos ha convocado a pensar la experiencia del desarraigo, de empatizar con el dolor ajeno. Este año su trabajo regresa con fuerza a los escenarios. Primero con la obra “El círculo”, montada en mayo, con actores de origen judío y palestino que abordan las tensiones y dolores que habitan su identidad y las tensiones que emergen al armar algo juntos. Y luego, con un ciclo dedicado a su obra, en Matucana 100, con el remontaje de dos de sus emblemáticas obras: “Mi mundo patria” y “Penélope ya no espera”. Su dramaturgia es silenciosa, reflexiva y altamente poética, y regresa con total vigencia.

Y digo vigencia, porque el desarraigo es la experiencia de haber sido expulsado de tu lugar de pertenencia, de sufrir desplazamientos forzados, y el maltrato en el nuevo destino. Experiencia que también se puede tener en el propio país, cuando eres tratado como ciudadano de segunda clase, que te deja fuera de las garantías del bienestar mínimo.

“Mi mundo patria”, montada por primera vez en 2009, que vi en su estreno, es una obra que nos ofrece la experiencia del desarraigo en la infancia por medio de tres personajes niños, que fluyen de uno a otro en escena, pero con tal delicadeza que es un flujo natural el pasar de una chica suiza que debió mudarse a Polonia encubierta en otra fe en plena Segunda Guerra Mundial, a una niña que fluctúa entre Costa Rica y Chile por el exilio político de sus padres en los años de la dictadura; como luego, es



En “Penélope ya no espera” se enfrentan a dos mujeres que habitan tiempos muy distintos, pero el mismo espacio: un dormitorio. Con Catalina Saavedra y Lorena Ramírez.



PATRICIO ULLOA

La dramaturgia de Andrea Giadach “es silenciosa, reflexiva y altamente poética, y regresa con total vigencia”.

el testimonio de un niño palestino que es expulsado de su tierra y llega a nuestro país. En los tres casos vemos las experiencias de desorientación, duelo y burla de los demás.

Anne, Ana y Anuar, los nombres de los protagonistas de los monólogos, se

espejean unos con otros, porque pese a los diferentes contextos, los tren son hijos del trauma y de la pérdida y quedan suspendidos en un umbral donde la patria es un lugar pendiente, como lo ves en una frase de Ana, “¡¡¡Quiero que mi papá se olvide de esa patria congelada que ya no existe para decirle a todo el mundo, que este país es el mío!!!”.

La puesta en escena acierta en manejar el relato con elementos emotivos y lúdicos, en usar el espacio como un mapa que se desajusta y hacer interactuar a la protagonista con elementos mínimos, como una cuerda de saltar, un tambor o una silla, que bastan para dar para darle forma a estas sustanciales interrogantes enunciadas por el mismo cuerpo y voz, el de la talentosísima actriz Lorena Ramírez. Y para esta ocasión, se sumó un nuevo concepto escenográfico de Marcelo Parada y Julio Escobar.

LUEGO, SE SUMA LA SIGUIENTE OBRA, “Penélope ya no espera”, que se montó el 2014, y propone

2014
fue el año de estreno de la obra “Penélope ya no espera” junto al colectivo Territorio Particular.

continuar su búsqueda, con el colectivo Territorio Particular, pero con una historia en tono distópico. Aquí enfrenta a dos mujeres que habitan tiempos muy distintos, pero el mismo espacio: un dormitorio en el que un día se abre un portal que les permite encontrarse y cuestionarse sin mirarse en ningún momento. Nuevamente el toque sutil de la directora y autora nos traza un umbral ficticio para conectar el pasado y un futuro incierto gracias a la ciencia ficción.

Por un lado, está el pasado con Rosario (Catalina Saavedra), una

LA SEGUNDA